

Meridiano del olvido



Jaime Gamboa Goldemberg


EDITORIAL
UCR

Meridiano del olvido

Jaime Gamboa Goldemberg



EDITORIAL
UCR
2024

CC.SIBDI.UCR - CIP/4137

Nombres: Gamboa Goldemberg, Jaime, autor.

Título: Meridiano del olvido / Jaime Gamboa Goldemberg.

Descripción: Primera edición. | San José, Costa Rica : Editorial UCR, 2024.
| Colección Anexión 200 años.

Identificadores: **ISBN 978-9968-02-179-1** (rústico)

Materias: LEMB: Cuentos infantiles costarricenses.

| Literatura infantil costarricense.
Clasificación: CDD CR863.5 –ed. 23

Edición aprobada por la Comisión Editorial de la Universidad de Costa Rica.
Primera edición: 2024.

© Editorial Universidad de Costa Rica,
Ciudad Universitaria Rodrigo Facio. San José, Costa Rica.
Apdo.: 11501-2060 • Tel.: 2511 5310 • Fax: 2511 5257
administracion.siedin@ucr.ac.cr
www.editorial.ucr.ac.cr

Prohibida la reproducción total o parcial.
Todos los derechos reservados. Hecho el depósito de ley.

Índice

Prólogo: de letras y mapas	9
La maldición de Cundila o la isla de los sopladores de hojas	15
Escape de San Crispín	19
El gato blanco de la Dra. Plumb	25
Viaje a la Ciudad de Cristal	31
Los tesoros de Zheng He	39
Regreso al Valle de Santa Isabel	57
Un día en la Ciudad que Canta	63
La hacienda de Maclovio Juárez	67
El Lago de los Narcisos	79
Las arenas del Turquestán	85
Usted ya sabe dónde	95
Tren al olvido	99

Prólogo: de letras y mapas

Dos cosas me provocaron fascinación desde muy pequeño y estuvieron curiosamente conectadas. La primera fueron las letras, la segunda, los mapas. Recuerdo que apenas había aprendido el significado y el sonido de las primeras letras cuando le hice a mi madre la siguiente pregunta:

—¿En cuál letra de Costa Rica exactamente vivimos nosotros?

A falta de una noción más clara del mundo en el que me había tocado nacer, mi imaginación había resuelto que el suelo que pisábamos debía estar localizado sobre la superficie de alguna de esas letras que acababa de aprender. Con la información a mi alcance había sacado una conclusión de lógica irrefutable.

Recuerdo que mi madre se tomó unos instantes para tratar de explicarme que no, que “Costa Rica”, como “Nicaragua” o “Rusia”, eran nombres de países, pero que nosotros no vivíamos en ninguna de las letras del nuestro. Sus explicaciones no debieron resultarme muy comprensibles, por lo que ese mismo día me llevó a una librería cercana, para regalarme mi primer atlas. Era un libro no muy grande, que podía manejar con mis manos pequeñas. En la portada tenía un bajorrelieve que presentaba a un hombre barbudo, semidesnudo e hincado, cargando sobre sus espaldas un enorme globo terráqueo: la imagen del poderoso Atlas con el mundo a cuestas.

Con su paciencia de maestra en vías de graduarse, mamá me relató brevemente el mito de Atlas, aclarándome que se trataba de una creencia antigua, sin fundamento alguno, que habían utilizado las personas para explicar algo que aún no comprendían: cómo se sostiene el mundo en su sitio. Viendo que mis ojos se agrandaban con la palabra “mundo”, que había escuchado antes sin preguntarme qué significaba en realidad, mi madre

procedió a abrir el atlas y mostrarme las primeras imágenes, donde se veía a la tierra y los demás planetas describiendo sus elipses alrededor del sol.

—Esta es la tierra, nuestro mundo —me explicó—. Este astro amarillo es el sol y estos son los otros planetas, otros mundos que giran a su alrededor.

¿Qué dijo? ¿Otros mundos? ¿De qué está hablando?, pensé. Claro, apenas me había enterado de que yo vivía en un mundo y ya me estaba diciendo que, además, había “otros mundos”. ¿Cómo eran esos mundos? ¿Quién vivía en ellos?

Las preguntas cesaron al dar la vuelta a la página y desplegar una plana doble, a colores, donde había una franja transversal pintada de verde con dos bloques a ambos lados, pintados de azul.

—Esta es Costa Rica —me dijo, señalando la franja verde llena de puntitos y palabras—. Acá en este puntito dice “Nicoya”. Allí viven tu abuelo, tu abuela y tus tíos. Y aquí, en este otro puntito más grande, donde dice “Heredia”, estamos nosotros.

Yo sabía perfectamente que el viaje hasta donde los abuelos era largo y tomaba muchas horas, tantas que se hacía de noche mientras llegábamos. Por eso me asombró que pudiera ver mi casa y la suya en la misma página, a unos cuantos centímetros de distancia.

Al leer junto al mapa el nombre “Costa Rica” caí en la cuenta, súbitamente, del nivel del error en que estaba tan solo unas horas atrás: por supuesto, uno no vive en las letras que forman el nombre del país, sino en lugares, en puntitos que están dibujados en mapas. En los minutos que siguieron aprendí que los países eran espacios con límites, rodeados por el mar o por otros países, y que estaban llenos de cordilleras y eran cruzados por ríos, y muchas cosas más.

Me detuve un rato absorbiendo con los ojos la forma de potranca de la península de Nicoya, el golfo con la desembocadura del Tempisque y las islas desperdigadas. Alucinante. Tan maravilloso que, por un rato, me había olvidado de que, muy lejos, flotando en el espacio, había otros mundos, misteriosos, aterradores, fantásticos. Ahora tenía la imaginación presa

de la idea de que quién sabe cuántos pueblos había por allí en todas esas zonas del mapa que no tenían un puntito con un nombre a la par. ¿Serían pueblos fantasma o simplemente pueblos desconocidos? ¿Cuántas ciudades podían esconderse en tantos valles y detrás de las cordilleras?

Ese día fue el primero de muchos que pasé soñando frente a cientos, quizá miles de mapas que tuve frente a mí durante los años siguientes. De estudiarlos y admirarlos pasé a calcarlos, para tener un atlas personal de mapas realizados por mi propia mano. Y un día, por lo visto, me cansé de calcarlos y comencé a crearlos. Aún recuerdo la emoción que me producía regresar de la escuela, prepararme una bebida instantánea de cacao, sacar mi bloc de hojas en blanco y trazar el contorno de lo que iba a ser una nueva isla, una república inédita del Asia Central o un continente oculto más allá de los mares navegables.

Ignoro cuántas horas de mi vida dejé en estos países imaginarios, algunos apenas dibujados, otros plenos de detalles, con sus carreteras, sus líneas ferroviarias, represas y túneles, sus montes con indicación precisa de su elevación sobre el nivel del mar, sus archipiélagos con bancos de arrecife debidamente indicados, para fortuna de imposibles marinos.

Papá y mamá deben haberse dado cuenta de mi obsesión y en vez de regalarme más mapas, me llenaron de libros de aventuras. Leerlos fue como avivar con leña nueva la caldera de mis invenciones geográficas. Con cada libro se agregaban nuevos territorios a mi atlas personal: una ciénaga oscura llena de insectos mortíferos, inspirada en las novelas de Salgari, una red de ciudades bajo el mar, surgida de *Veinte mil leguas de viaje submarino* de Verne, una isla de hielo donde florecían tribus de gente descendiente de los babuinos, al estilo de las *Aventuras de Arthur Gordon Pym*, de Poe.

Cada nueva lectura se transformaba en lugares que hacían cada vez más grande, más rico, más único, el atlas fantasioso que guardaba en la gaveta bajo mi cama. A veces me dormía pensando que, quizá, durante la noche, en las islas y valles de mis mapas se desataban guerras de conquista, se construían canales y se levantaban murallas y monumentos mientras yo dormía. Alguna vez, incluso, desperté seguro de que alguna ciudad o algún bosque habían cambiado de lugar de madrugada, sin avisarme.

Entonces crecí. Me di cuenta un día porque, de casualidad, abrí la gaveta de mis invenciones y caí en la cuenta de que llevaba meses cerrada. Ese día tomé una por una la decena de carpetas llenas de dibujos y los miré con nostalgia, pues, aunque no había pasado tanto tiempo, supe que ya no iba a dibujar ninguno más. Lo supe porque lo sentí. Ya no me emocionaba la idea de sentarme frente a la página en blanco y trazar el contorno de una isla o de un continente perdido.

Con el tiempo comencé a mirarlos muy de vez en cuando, cada vez recordando menos de qué trataba cada uno, qué nombre había puesto a las islas de aquel archipiélago, cómo se llamaban los habitantes de aquella ciudad con vajillas de oro y mesas de lapislázuli. Los mapas seguían allí, pero yo los miraba cada vez más con los ojos de un extraño.

Poco a poco fui olvidando el significado de los símbolos que había creado y comencé a sentirme perdido, como aquel que mira el mapa de un tesoro dibujado por él mismo, lleno de señas y claves que indican el sitio exacto donde está enterrado, pero ya no es capaz de entenderlo. Finalmente, años después, en una de tantas mudanzas que tuvimos a lo largo de nuestra adolescencia, alguien me preguntó qué hacía con todo ese papelerero que había en aquella gaveta y yo le dije, sin un gramo de apego ni lástima:

—Bótelo, son papeles viejos.

Así fue a dar a la basura el capítulo más hermoso de mi infancia, con todo y sus sierras nevadas, y sus avenidas engalanadas con guirnaldas de flores de papel crepé. Lo dejé ir sin pena y ahora lo recuerdo como algo inapreciable, una colección de asombros dibujados en la arena que –por ignorancia o soberbia– dejé borrar sin más por la marea.

Sin embargo, pienso que a fin de cuentas no todo se perdió. El ejercicio de imaginación que practiqué con constancia durante esos años fue una especie de escuela para los oficios que aprendería más tarde, los de músico y escritor. La emoción frente a la partitura o la página en blanco es la misma. El deseo de ver cómo se despliega algo nuevo, bello y extraño, con vida propia, en una canción o un cuento, no desapareció, sino que se hizo más grande con los años, hasta tomar por completo ese edificio

en ruinas que es el corazón y convertirlo en una comuna, un albergue cálido para cualquier idea vagabunda.

De algún modo, ninguna de las islas y países que dibujé nació en vano. Y tampoco murieron. Porque las cosas que una vez imaginé nunca se fueron con el camión de la basura. Siguen allí, en los valles y recodos de los caminos de ese mapamundi infinito que es el alma, esperando el día en que los descubra otra vez.

El autor

La maldición de Cundila o la isla de los sopladores de hojas

Para Paola

Diez grados al sur del trópico de Cáncer, contorneada por las espumosas aguas del mar de los Corales, se levanta esta isla antigua, que alguna vez fue tan fértil como próspera y hoy está prácticamente deshabitada, a causa de una horrible maldición.

Según relata el Dr. Apolíneo Cruz en su “Memoria incompleta de Cundila”, el mayor orgullo de los habitantes de esta isla eran sus impecables jardines. La jardinería, de hecho, era considerada un oficio del más alto rango y el ministro de Ornato Público era el más importante del gabinete.

El aprecio de la gente cundilense por el diseño y cuidado de sus jardines llevó a darle estatus constitucional al deber ciudadano de mantener limpios y libres de hojarasca los jardines de cada casa, so pena de ser sometidos a onerosas sanciones en caso de incumplimiento.

Como toda obsesión gestionada desde la cabeza del Estado, esta trajo consigo una beatífica marea de defensores civiles que, con el apoyo de las autoridades, comenzaron a realizar inspecciones sorpresivas en las casas, fincas y demás propiedades de la ciudadanía cundilense, para verificar que las leyes se estuvieran cumpliendo a cabalidad.

Armados con tijeras de podar y máquinas sopladoras de hojas, corregían cualquier desviación que hallaran en las cercas vivas; se introducían furtivamente en los patios de luz para fotografiar cualquier especie

invasora que no estuviera aprobada por el ministerio de Ornato Público y, por supuesto, exponían sin piedad a los transgresores.

En reconocimiento a su diligente labor, durante las últimas décadas del siglo pasado el gobierno llegó a entregar a la organización, autodenominada Orden de los Sopladores de Hojas, la administración de todos los bosques de la isla, para que ejercieran sobre ellos su control purificador y los embellecieran para disfrute de los turistas, que habían comenzado a llegar por miles, atraídos por la magnificencia de los jardines de Cundila.

En poco tiempo, la isla entera se convirtió en el Jardín del Planeta, símbolo universal de organización y disciplina, de capacidad humana para triunfar sobre el caos y de aplicación rigurosa de los principios esbozados por el propio Luis XIV, en su concepción de los jardines del palacio de Versalles. El turismo internacional adoró la Cundila creada por los Sopladores de Hojas. ¿En qué otra isla tropical podían recorrer bosques simétricos, equilibrados y asépticos, sin temor a ser picados por todo género de bichos horrendos, escondidos bajo la hojarasca? La Orden de los Sopladores fue reconocida como artífice de la explosión comercial de Cundila y de su meteórico ingreso al selecto club de las naciones más desarrolladas del tercer mundo. Gente de todo el planeta quería ver con sus propios ojos y tomar fotografías que atestiguaran el milagro cundilense.

Relata don Apolíneo Cruz en su libro, que un triste día, en la oficina de inmigración del puerto, se presentó como turista una joven agrónoma, recién graduada de alguna oscura universidad extranjera. Aprovechándose de su disfraz, escribió un artículo de opinión, aparentemente inofensivo, advirtiéndolo “respetuosamente” sobre los riesgos de intentar someter toda la cobertura vegetal a los cánones de belleza humanos.

“Como agrónoma, debo señalar, especialmente, que eliminar de manera permanente la capa de hojas que cubre el suelo del bosque podría traer consecuencias funestas. Las hojas que caen de los árboles y que, de manera errónea, llamamos hojas muertas, al descomponerse transfieren la vida de sus nutrientes al suelo que sustenta a las plantas. Si las soplamos y tiramos al mar, el bosque perderá su fuente de alimento y podría morir al cabo de algunos años”. Esas y otras herejías incendiarias, contenidas en el artículo, hicieron que el ministro de Ornato Público ordenara

la deportación inmediata de la indeseable agitadora, así como la clausura del periódico que se prestó para publicar semejante panfleto.

Menciona don Apolíneo en su “Memoria incompleta” que algunas personas jóvenes quisieron secundar a la instigadora y trataron de proponer un debate público acerca del tema, pero fueron acalladas con eficacia y disciplina por las bandas de sopladores, que ejercían un control eficiente en cada comunidad. Como resultado, Cundila siguió disfrutando sin problemas los beneficios de su “boom” turístico.

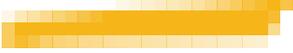
Luego, la maldición proferida por la bruja disfrazada de agrónoma comenzó a traerse todo al suelo. Primero desaparecieron los insectos, luego las aves. Los mamíferos eran vistos hurgando en los basureros de las ciudades o irrumpían en las fiestas de cumpleaños, buscando qué comer. El suelo resquebrajado comenzó a perder su consistencia y árboles enteros se volcaron sobre los caminos, con sus raíces al viento. Los ríos se desbordaron en invierno y perdieron su caudal en verano, hasta que un día se secaron para siempre. No hubo abono suficiente en el mundo para revertir el proceso. En cuestión de algunas décadas, la próspera Cundila se convirtió en un desierto inhabitable.

Como consejo final, don Apolíneo sentencia en su libro: “Huid, amigos, de la hechicería disfrazada de ciencia. No deis alas al científico ponzoñoso. Que la tragedia de Cundila os sirva de ejemplo de cuanto daño puede hacer a la salud de las naciones la palabra obscena de esos pájaros de mal agüero. Cuando aparezcan, cerrad ojos y oídos. La ignorancia os hará libres”.

He de anotar, sin embargo, que la desgracia de Cundila tuvo como generosa consecuencia la desbandada de los sopladores, que abordaron barcos en todas direcciones, llevando su pulcra tradición a todos los continentes, como es fácil comprobar. A esa tragedia debemos la presencia de los descendientes de esta magnífica Orden en parques, condominios y arboledas públicas del mundo entero. Por fortuna, estos valientes se han multiplicado por millones y continúan cumpliendo, con tesón y humilde fiereza, la tarea de soplar y soplar hojas muertas por todo el orbe, con la fe de, algún día, no dejar ninguna.

Esta es una
muestra del libro
en la que se despliega
un número limitado de páginas.

Adquiera el libro completo en la
[Librería UCR Virtual.](#)

LIBRERÍA
UCR

VIRTUAL

Acerca del autor

Jaime Gamboa Goldemberg

Músico, escritor y comunicador, es autor de un centenar de canciones, principalmente con la agrupación costarricense Malpaís, y de una veintena de libros, entre los que figuran relatos (*La orquesta imposible*), cuentos infantiles ilustrados (*El cuento fantasma*, *Alma del mar*, *La risa contagiosa*, *Corazón de marimba*, *Pequeña bichopedia ilustrada*, *El trillo de la luna llena*) y otros de divulgación científica (*Costa Rica aérea*, *Volcanes de Costa Rica*, *El espíritu de una nación*, entre otros).

Corrección filológica: *Natalia Salas S.* • Revisión de pruebas: *Fabiola Benavides P.*
Diseño de contenido y portada: *Abraham Ugarte S.* • Diagramación: *Daniela Hernández C.*
Imagen de portada: creada a partir de inteligencia artificial.
Control de calidad: *Raquel Fernández C.*

Editorial UCR es miembro del Sistema Editorial Universitario Centroamericano (SEUCA),
perteneciente al Consejo Superior Universitario Centroamericano (CSUCA).

Impreso bajo demanda en la Sección de Impresión del SIEDIN.
Julio, 2024.

LITERATURA Cuento

Meridiano del olvido es un libro de relatos que nace de la obsesión que el autor tuvo de niño con los mapas. Su creencia infantil de que su casa quedaba en alguna de las letras del nombre de su país llevó a su madre a regalarle el primer atlas, con lo que dio pie, sin saberlo, a una pasión por imaginar las historias que podían haber ocurrido en cada uno de los rincones del mundo recogidos en cada mapa. Cincuenta años después, el autor rememora con nostalgia esta obsesión y revive el espíritu detrás de todas esas fantasías.


EDITORIAL
UCR

Anexión
200
COLECCIÓN
años

ISBN: 978-9968-02-179-1



9 789968 021791